

Capítulo

1

Jude tenía una colección privada. Había enmarcado dibujos de los siete enanitos y los había colocado en la pared del estudio, mezclados con sus discos de platino. Eran obra de John Wayne Gacy, que los había hecho mientras estaba en la cárcel y se los había mandado. A Gacy le gustaba la época dorada de Disney casi tanto como abusar sexualmente de niños pequeños, y más o menos lo mismo que los discos de su cantante favorito, Jude.

Jude guardaba el cráneo de un campesino al que le habían hecho una trepanación en el siglo XVI para liberarlo de los demonios, y en el agujero del centro de la calavera había colocado su colección de plumas estilográficas.

Tenía también una confesión de una bruja de hacía trescientos años. «Yo hablé con un perro negro que dijo que iba a envenenar mis vacas y que haría que mis caballos enloquecieran y mis hijos enfermaran si no le entregaba mi alma. Le dije que sí, y después de eso le di de mamar de mi pecho».

La quemaron en la hoguera.

Conservaba, además, un lazo, rígido y gastado, que se había utilizado para ahorcar a un hombre en Inglaterra a principios de siglo; el tablero de ajedrez con el que jugaba Aleister Crowley cuando era niño, y una película pornográfica en la que alguien

era realmente asesinado durante el acto sexual. De todas las piezas de su colección, esta última era la que más le incomodaba poseer. Había llegado a sus manos a través de un oficial de policía que se ocupó de la seguridad en algunos de sus espectáculos en Los Ángeles. El policía había dicho, con cierto entusiasmo, que el vídeo era enfermizo. Jude lo vio y, desde luego, estuvo de acuerdo. Era enfermizo; y además, de una manera indirecta, también había precipitado el fin del matrimonio de Jude, al que todavía se aferraba.

Muchos de los objetos grotescos y raros de su colección privada le habían sido enviados por sus admiradores. No era habitual que él mismo comprara algo para su desagradable museo. Pero cuando Danny Wooten, su asistente personal, le dijo que había un fantasma en venta en la Red y le preguntó si quería comprarlo, Jude ni siquiera tuvo que pensarlo. Fue como ir a comer a un restaurante, escuchar la recomendación del plato del día y decidir, sin necesidad de mirar la carta, que eso era lo que uno quería. Algunos impulsos no requieren consideración alguna.

La oficina de Danny ocupaba una zona relativamente nueva que se extendía en el extremo noreste de las irregulares construcciones de la granja de Jude. En realidad era una ampliación, con una antigüedad de diez años. Con su aire acondicionado, sus muebles modernos y la alfombra industrial de color café con leche, la oficina era fríamente impersonal, y en modo alguno se parecía al resto de la casa. Podría haber pasado por la sala de espera de un dentista si no fuera por la proliferación de carteles que anunciaban conciertos en marcos de acero inoxidable. En uno de ellos se veía un bote lleno de globos oculares que miraban fijamente, con nudos de nervios ensangrentados colgando en la parte de atrás. Era el cartel de la gira «Todos los ojos puestos en ti».

Apenas terminada la obra de ampliación, Jude comenzó a arrepentirse de haberla emprendido. No había querido verse obligado a conducir cuarenta y cinco minutos desde Piecliff hasta una oficina alquilada en Poughkeepsie para ocuparse de sus asuntos profesionales; pero ya pensaba que eso habría sido pre-

ferible a tener a Danny Wooten allí mismo, en la casa. Danny y el trabajo de Danny se encontraban demasiado cerca. Cuando Jude estaba en la cocina, podía escuchar los teléfonos. A veces las dos líneas instaladas allí sonaban a la vez, y ese ruido le volvía loco. No había grabado ningún disco desde hacía varios años y apenas trabajaba desde que habían muerto Jerome y Dizzy, y con ellos la banda; pero de todos modos los teléfonos seguían sonando y sonando. Se sentía abrumado por el desfile incesante de personas que le robaban su tiempo, por la acumulación interminable de exigencias legales y profesionales, acuerdos y contratos, promociones y apariciones en los medios de comunicación. No soportaba el trabajo de Judas Coyne Inc., que nunca se terminaba, que siempre parecía hallarse en plena actividad. Cuando estaba en su casa, quería ser él mismo, no una marca registrada.

La mayor parte del tiempo, Danny se mantenía alejado del resto de la casa. Por muchos defectos que tuviera, era muy respetuoso con el espacio privado de Jude. Pero el secretario le abordaba con total desahogo cada vez que pasaba por la oficina, algo que Jude hacía, sin mucho entusiasmo, cuatro o cinco veces al día. El paso por la oficina era el camino más rápido hacia el cobertizo y los perros. Podía evitar encontrarse con Danny saliendo por la puerta principal y dando toda la vuelta alrededor de la casa, pero se negaba a jugar al escondite en su propio hogar sólo para no encontrarse con Danny Wooten.

Además, no le parecía posible que Danny fuera a tener siempre algún asunto con el que molestarlo. Sin embargo, el caso era que siempre lo tenía. Y si no encontraba nada que requiriese su atención inmediata, pretendía conversar. El secretario procedía del sur de California, tierra de buenos conversadores, y sus charlas eran interminables. No vacilaba en hablar con perfectos desconocidos acerca de los beneficios del germen de trigo, incluida su propiedad de convertir las evacuaciones intestinales en productos tan fragantes como la hierba recién cortada. Había cumplido treinta años, pero podía hablar del monopatín y la PlayStation con el muchacho que traía la pizza como si tuviera catorce. Era

capaz de hacer confidencias a los técnicos que reparaban el aire acondicionado, contarles que su hermana había abusado de la heroína cuando era adolescente, y que él mismo, de joven, había encontrado el cuerpo de su madre cuando se suicidó. Era imposible que se sintiera inhibido. Ignoraba el significado de la palabra «timidez».

Jude regresó a la casa después de echar de comer a los perros *Angus* y *Bon*. Ya había cruzado la mitad del camino batido por el fuego de Danny y, justamente cuando comenzaba a pensar que atravesaría la oficina sin interrupciones, sonó la voz del desinhibido.

—Ah, jefe, me alegro de verle. Por favor, eche un vistazo a esto.

Danny iniciaba casi todos sus ataques de locuacidad con esas mismas palabras, una frase que Jude había aprendido a temer y odiar, por ser prelude de al menos media hora de tiempo perdido, formularios que cumplimentar, faxes que mirar, monsergas que escuchar. Esta vez Danny le dijo que alguien ponía a la venta un fantasma, y Jude se olvidó repentinamente de todo lo que le molestaba de su ayudante. Rodeó el escritorio para poder mirar la pantalla del ordenador por encima del hombro de Danny.

Había descubierto al fantasma en una página de subastas de Internet que no era eBay, sino una de sus imitaciones. Jude recorría con la mirada la descripción del producto, mientras Danny leía en voz alta. Su asistente le habría dado de comer en la boca, si Jude se lo hubiera permitido. El empleado tenía una vena de servilismo que a Jude, francamente, le resultaba muy desagradable en un hombre.

—«Vendo el fantasma de mi padrastro —leyó Danny—. Mi anciano padrastro murió hace seis semanas, de manera muy repentina. Estaba con nosotros en ese momento, de visita. No tenía casa propia y viajaba de pariente en pariente, quedándose durante un mes o dos para luego ir de visita a otro lugar. Su muerte fue una gran sorpresa para todos, especialmente para mi hija, que estaba muy apegada a él. Nadie lo habría imaginado. Estuvo muy

activo hasta el final de su vida. Nunca se sentaba frente al televisor. Bebía un vaso de zumo de naranja al día. No le faltaba ni un diente».

—Seguro que es una maldita broma —dijo Jude.

—No me lo parece —replicó Danny. Y continuó leyendo—: «A poco de celebrado su funeral, mi hijita lo encontró sentado en la habitación de huéspedes, que está justo frente a su dormitorio. Después de verlo, la niña ya no quiso quedarse sola en su habitación nunca más, y ni siquiera acepta ir sola al piso de arriba. Le dije que su abuelo jamás le haría daño alguno, pero ella me respondió que sus ojos le daban miedo. Aseguró que estaban cubiertos de garabatos negros y ya no servían para ver. De modo que desde entonces duerme conmigo. Al principio pensé que se trataba de un cuento de terror que se estaba contando a sí misma, pero es algo más que eso. La habitación de los huéspedes está siempre fría. Revisé el lugar y noté que era peor en el armario en que estaba colgada su ropa de los domingos. Él había dispuesto que lo enterraran con ese traje, pero cuando se lo probamos en la funeraria no le quedaba bien. Las personas encogen un poco cuando mueren. El agua que hay en ellas se seca. Su mejor traje era demasiado grande para él, de modo que la gente de la funeraria nos convenció de que era mejor comprar uno de los que ellos tenían. No sé por qué les hice caso. La otra noche me desperté y escuché que mi padrastro caminaba por el piso superior. La cama, en su habitación, siempre está deshecha, y la puerta se abre y se cierra a todas horas. La gata tampoco quiere ir arriba y, a veces, se sienta al pie de la escalera, mirando cosas que yo no puedo ver. Observa algo fijamente un rato, luego maúlla como si le pisaran la cola y sale corriendo».

El secretario tomó aire. La carta de la vendedora era, desde luego, larga y detallada. Luego siguió con la lectura.

—«Mi padrastro fue espiritista toda la vida, y creo que sólo está aquí para enseñarle a mi hija que la muerte no es el final. Pero ella tiene once años y necesita una vida normal, y dormir en su propia habitación, no en la mía. Lo único que se me ocurre es

tratar de conseguir un nuevo hogar para papá. El mundo está lleno de personas que quieren creer en la vida después de la muerte. Bien, mi padrastro es la prueba que necesitan. Venderé el fantasma de mi padrastro al mejor postor. Por supuesto, un alma no puede venderse realmente, pero creo que irá a la casa del comprador a vivir con él si se le hace saber que es bienvenido. Como ya he dicho, cuando murió estaba con nosotros sólo temporalmente y no tenía ningún hogar que pudiera considerar como propio, de modo que tengo la seguridad de que irá allí donde se sienta querido. Que nadie piense que esto es un truco publicitario o una broma ni que cogeré su dinero para luego no enviarle nada. El mejor postor tendrá algo concreto a cambio de su inversión. Le haré llegar su traje de los domingos. Creo que si su espíritu está aferrado a algo, tiene que ser a eso. Es un traje pasado de moda muy bonito, hecho por las Sastrerías Great Western. Tiene unas finas rayas de color gris plata, forro de raso...», etcétera, etcétera. —Danny dejó de leer y señaló la pantalla con el dedo—. Mire las medidas del traje, jefe. Es de su tamaño. La puja de partida es de ochenta dólares. Si usted quiere tener un fantasma, parece que podría conseguirlo por cien.

—Comprémoslo —dijo Jude.

—¿En serio? ¿Hacemos una oferta de cien dólares?

Jude entornó los ojos, mirando algo en la pantalla, precisamente debajo de la descripción del artículo subastado. Había allí un botón que decía: «Suyo ahora mismo: 1.000 dólares». Y debajo de eso podía leerse: «Haga clic para comprar y suspenda de inmediato la subasta». Puso un dedo sobre la pantalla y apretó con energía.

—Que sean mil, y cerremos el trato —proclamó.

Danny giró en su silla. Sonrió y alzó las cejas, que eran altas, arqueadas, como las de Jack Nicholson. Las usaba con habilidad, logrando siempre gran efecto. Tal vez esperaba una explicación, pero Jude no estaba seguro de poder explicar, ni siquiera a sí mismo, por qué era razonable pagar mil dólares por un traje viejo que probablemente no valía ni siquiera la quinta parte de esa cantidad.

Luego pensó que podría ser una buena publicidad: «Judas Coyne compra un fantasma travieso». Los admiradores devoraban historias de ese tipo. Pero esa idea se le ocurrió más tarde. En ese mismo momento, sólo supo que quería ser el comprador del fantasma.

Jude hizo ademán de retirarse, pensando ir arriba para ver si Georgia ya estaba preparada. Le había dicho que se vistiera hacía ya media hora, pero estaba seguro de que iba a encontrarla todavía en la cama. Tenía la sensación de que planeaba quedarse allí hasta provocar la pelea que andaba buscando. Se la encontraría sentada, en ropa interior, pintándose cuidadosamente de negro las uñas de los pies. O tendría abierto su portátil y estaría navegando en la Red, en busca de accesorios góticos, del adorno adecuado para atravesarse la lengua, como si necesitara más de esos malditos... Al pensar en la navegación por la Red, una asociación de ideas hizo que Jude se detuviera y se preguntara algo. Se volvió para mirar a Danny.

—A propósito, ¿cómo has encontrado eso? —le preguntó, señalando hacia el ordenador con la cabeza.

—Ha llegado por correo electrónico.

—¿De quién?

—Del sitio de subastas. Nos han mandado un correo electrónico que decía: «Sabemos que usted ha comprado antes artículos como éste y pensamos que podría interesarle».

—¿Hemos comprado artículos iguales antes?

—Se refieren a productos relacionados con el ocultismo, supongo.

—Nunca he comprado nada en ese sitio.

—Tal vez sí que ha comprado algo y no lo recuerda. O quizá haya sido yo quien haya encargado algo para usted.

—Malditos ácidos —exclamó Jude—. Antes tenía buena memoria. Yo pertenecía al club de ajedrez en el instituto. Se me daba bien.

—¿En serio? Eso es fantástico.

—¿El qué? ¿Que estuviera en el club de ajedrez?

—Supongo que sí. Me parece tan... excéntrico.

—Sí. Pero usaba dedos amputados en lugar de piezas normales.

Danny se rió con demasiada intensidad, tembló como si tuviera convulsiones y secó lágrimas imaginarias en el rabillo de sus ojos. Ah, pequeño y servil adulator.